le atravesó al lechón en la garganta, y con la que ha venido al horno y á la mesa.

Eso tenía que ser, dijo D. Quijote regocijado, y Dulcinea le devolvió su confianza, desvaneciéndosele sus dudas; de lo que aquél quedó contentísimo, guardándose la sortija para sus futuras empresas.

Siguieron comiendo y bebiendo alegremente, y luego alzados los manteles se bailó un minué, para el que D. Quijote volvió á ponerse sus guantes de esgrima, á fin de no tocar á las otras damas con la epidermis. Dulcinea anunció enseguida que tenía que partir á la Patagonia, y por ruego del sobrino de D. Lucas dijo á D. Quijote que él saliera también al siguiente día hacia el Imperio de Andorra, dirigiéndose á Urgel, á tratar con el Obispo la rendición de aquel ejército.

D. Quijote así lo ofreció; pero antes solicitó rendidamente de la dueña de su voluntad que saliera á la reja de aquel castillo como Oriana le otorgó á Amadís, á darle el galardón y recuerdo ofrecido; en cuyo adiós él le entregaría el mechón de su cabello también; y ella bajó presurosa, y el caballero se despidió de todos, yendo á la convenida reja, donde Dulcinea aguardábale y en la que, haciéndose aún sus últimos encargos y juramentos, ella le cortó con unas tijeras, como Dalila á Sansón, un puñado grande de cabellos, en tres ó cuatro trasquilones, dejándole media cabeza pelada, y á la vez le entregó envuelto, en un perfumado pañolito, el rizo dorado de los suyos, que D. Quijote palpó y besó en la obscuridad; y, llegando acompañado del Príncipe al palacio de D. Lucas, deslió el pañuelo para ver aquella divina madeja, encontrándola algo bronca y estoposa, como si fuera de cáñamo, enseñándola al Príncipe y diciéndole de quien era, y asegurándole éste que era positivamente un bellísimo rizo: por todo lo que creyó el caballero que sólo el sortilegio del encantador Fristón su enemigo, se lo trocaba en vil estopa; pero que era en realidad largo fleco de oro de los cabellos de Dulcinea, y que debía de guardarlo como el tesoro más preciado del mundo.

CAPITULO XVI

De los coloquios y preparativos de D. Quijote y partida hacia el Imperio de Andorra.

¡Ay, Panza amigo! exclamó D. Quijote al despertar aquella mañana del poco sueño que había conciliado, por haber estado en vela la mayor parte del resto de la noche; falsamente dicen que nunca segundas partes fueron buenas: porque ésta de mi vida no puede ser mejor y más venturosa de lo que es; mientras que en la primera todo eran fatigas y molimientos. Lo que antaño brotaba espinas, ogaño como vara de nardo se me florece; entonces se me trocaban los gigantes en molinos para voltearme, y los campeones en carneros para burlarme, y los castillos en ventas para desorientarme, y las princesas en mozas de mesón para ofenderme, y hasta Dulcinea en mal oliente lugareña para causarme desesperación; y ahora los castillos son castillos, y los caballeros son Príncipes y Embajadores, y los gigantes como Otelo no se me hacen agua y sal, sino que los venzo y acribillo, y las damas no pierden su dignidad y prosapia, y he logrado el mayor bien de todos: que es ver en su propio sér y sin velos á Dulcinea del Toboso.

¿Qué es lo que dice Usía? exclamó Panza. ¿Sin velos ha visto á Dulcinea?

Para, bellaco, interrumpióle aquél, que no es que la haya visto en deshonesto traje, ó desnuda; y si así lo denotaron mis palabras, no fué ese mi pensamiento. Quise decir que había visto y hablado en su sér natural á mi dulce amiga y Señora, sin velos, esto es, sin aquellas apariencias de zafia aldeana que la encubrieron, cuan-

do mi visita al Toboso con tu tatarabuelo Sancho. Y dígote que es tan soberanamente divina que no me la imaginaba tanto, con haberme remontado en figuraciones al quinto cielo, y que le hablé más de una hora, y oí tal finura y comedimiento en sus palabras, que no parecía mujer sino diosa olímpica; no de aquellas como Venus lasciva y pecadora, sino como Minerva, personificación de la sabiduría, de la que decía Homero que tenía verdes ojos, que son los más bellos, juiciosos y profundos.

¿Y de dónde vino como llovida del cielo vuestra Emperatriz? preguntó Panza.

En tres cuartos de hora llegó de la Patagonia, respondió D. Quijote.

¡Ay, Señor mío! exclamó aquél, meneando la cabeza, que ya me huele mal ese tan acelerado viaje, y que bien puede ser esa Dulcinea como aquella Desdémona á quien salvó Usía, y aquel Otelo á quien acometió: que para mí eran de teatro.

No me lo repitas, dijo amenazante el caballero; que lo mismo Desdémona que Dulcinea, son verdaderas y no fingidas, y buenos celos despertó en esta mi Señora el que tocase yo la cintura de la otra, al arrancarla de los brazos de aquel moro; y mira si será verdadera Dulcinea, que mi cabeza lo pregona. Y diciéndolo se quitó el gorro de dormir y mostró á Panza media cabeza pelada, el cual al verla exclamó:

¿Cómo es eso, mi Señor D. Quijote, no ya le han tomado el pelo á Usía, sí que también á trasquilones se lo han rapado, en ese medio cráneo? Y como D. Quijote refiriese á su escudero todo el festival del Nigromante, la llegada de Dulcinea, el coloquio en el canapé y la despedida de la reja, y dijera que allí, en aquel perfumado pañuelo que sobre la mesa estaba, tenía el rizo de ella, comenzó á desliarlo Panza, y hallándolo estopa, rompió á suspirar, creyendo perdido su reinecillo de Andorra, con la razón de su amo, que veía cada vez más dislocada.

¡Juro á todos los santos, dijo Panza, que este no es rizo de dama, sino cáñamo ó lino, y que esa no será Dulcinea, sino alguna encantadora disfrazada de tal, y que Usía deberá tener la

fuerza como Sansón en los cabellos, cuando ha procurado cortárselos, y que esto no va á acabar en bien!

No jures, respondió D. Quijote, que la que vi y hablé era verdaderamente Dulcinea, y la prueba es que aquello que te dije después de perder el talismán, de que solía acontecer á los caballeros, que al dudar de ellos sus damas por haberlo perdido, y creer que lo habrían dado á otras, en algún banquete ó fiesta aparecía la sortija cuestionada en el buche de algún pez, por donde la dama se convencía de la veracidad de su galán y cesaban sus tormentosos celos, ha sucedido punto por punto en el banquete de anoche, en que al vacilar Dulcinea sobre mi fé, por no verme el anillo de la piedra azul, apareció éste en el gaznate de un lechoncillo asado al horno, que se nos presentó en una bandeja de plata.

¿De modo que otra vez tenemos sortija? Eso faltaba, exclamó Panza, contestándose á sí mismo; y D. Quijote la mostró en el dedo meñique de la mano derecha, asegurando á su escudero que no daría más en la flor de metérsela en la boca en los grandes peligros, así lisa y llanamente como antes, sino que le ataría un largo hilo; de modo que al alojársela en la cavidad bucal, si por mala ventura se la tragaba, pudiese quedar el hilo fuera y sacársela con solo tirar de él; lo que sería fácil maniobra.

Esta invención sí la aprobó Panza, para evitarse oficio de comadrón, en otro laborioso alumbramiento como el de antes, y acabó de ayudar á vestir á D. Quijote, el que tropezó en su peinado con la mayor dificultad: cual era la de no poder encubrir aquella media cabeza trasquilada, con parte del cabello de la otra.

¿Sabes que pienso? dijo á Panza mirándose al espejo los trasquilones; que mejor que andar con tapujos, es mostrar la verdad desnuda; que es también deber de andantes caballeros. De manera que me peinaré esta media cabeza como solía, y dejaré la otra pelada como Dulcinea quiso que estuviese; porque, no sonrojo del mal parecer, sino gloria de haber ella querido guardar estos mechones que me faltan, es lo

que debo sentir donde quiera que me descubra.

Eso es de libre elección, dijo Panza; porque ningún mal puede traernos, ni dificultar la empresa en que Usía se halla empeñado. Y si en vez de peinar esa mitad, quiere Usía trasquilarla también, no he de verlo mal tampoco; pues cierto muchacho hijo de un rico señor de mi pueblo llegó á más, y nada le pasó; y fué que, estando lejos de su novia y dándole ella quejas de que podían otras jóvenes enamorarse de él y él corresponderles olvidándola, decidió y puso por obra trasquilarse y afeitarse luego toda la cabeza y las cejas y cortarse las pestañas y sacarse así un retrato que envió á la celosa, á quien amaba, diciéndole: «ahí te envío la muestra de lo que soy y seré, mientras esté ausente de ti; que de esta manera no creo que pueda enamorar á ninguna otra, y aun imagino que se te va á quitar el amor á ti misma.»

No se me había ocurrido eso, exclamó Don Quijote, y te agradezco me hayas contado ese caso: porque lo creo digno de imitación, y puesto que de todas maneras he de estar así muy disparejo, voy á poner yo también por obra lo de trasquilarme y afeitarme todo y mandar otro retrato así á Dulcinea, para que se le quite toda sospecha y resquemor de que Altisidoras y Desdémonas hayan de prendarse de mí y ponerme en peligro de veleidades, mientras padezcamos males de ausencia. Conque así, trae, Panza, unas tijeras y afila bien tus navajas y déjame pelado y limpio como un melón valenciano; que no quiero pase un minuto más sin dar á Dulcinea esta muestra patente de mi fidelidad apasionada.

Porfió Panza en vano, por apartar á su amo de esta idea; pero á él tan grande y singular le pareció, que se le hacía tarde el comienzo de la faena, y tanto obligó á su escudero, que maldiciendo éste su impertinencia de haber traído á cuento el lance de su paisano, no tuvo más remedio que enfrascarse en la maniobra y pelar y enjabonar luego toda la cabeza de Don Quijote, aplicándole la navaja con maestría, pues en sus mocedades había hecho oficio de barbero; dejándosela al cabo tan lisa y blanca como una gran bola de billar, que sólo tuviera las pretuberancias de ojos, boca y nariz.

Aderezado así y vestido, salió D. Quijote al salón, donde ya estaba el Príncipe aguardándole, y al verle éste casi no le conoció y quedó perplejo: porque Dulcinea le había dicho que había trasquilado lo que pudo de la cabeza del caballero; pero no tanto que se la dejase limpia como un queso, ni menos afeitada; y sobre todo nada le habló de haberle dejado sin cejas ni pestañas también; pero D. Quijote le sacó de dudas, porque le dijo su obra y deseo, á lo que el Príncipe no pudo contener la risa, y como aquél se amostazara, salió del mal paso diciéndole que él le ayudaría en su propósito, propio sólo de un gran enamorado, y que le llevaría en seguida á retratarle; como lo hizo, subiéndolo al gabinete de un fotógrafo que estaba en el piso más alto de aquella casa.

Creyó D. Quijote que tardaría lo menos una semana el retrato, y esto le inquietó, porque Dulcinea le había mandado partir en seguida; pero el Príncipe le manifestó que apenas duraría la operación un minuto, por emplear la fotografía instantánea: por lo que se sorprendió grandemente.

Ya en el Gabinete de fotografía, adoptó Don Quijote una arrogante postura, tal que á no ser por la calavera desnuda le hubiera resultado un retrato de gentil continente; y el fotógrafo, mordiéndose los labios de risa, por no molestar al parroquiano, pero sin poder casi recatarla, le enfocó el aparato, y le dijo que *ya estaba;* por lo que D. Quijote insinuó al Príncipe que aquello debía de ser brujería también; pues sin pincel y sólo con aquella caja obscura y tapándose con aquel trapo negro, había aquel hombre sacado su figura, según decía. A lo que el Príncipe respondió que sí era hechicería, y tanto que aquel hombre, no sólo sacaba las figuras, sino todos sus movimientos; rogando al fotógrafo les llevase al departamento en que tenía un cinematógrafo, y haciéndolo éste, y dejando obscura la habitación, comenzó á ver Don Quijote pasar damas y caballeros, y gentes de todas clases, y caballos y carruajes, y luego vió

el interior de una iglesia de monjas, y el diablo que disfrazado de predicador gesticulaba desde el púlpito, y que tales cosas les diría, aunque no se oían, que aquellas huyeron y luego sacaron la Cruz en procesión, y él se echó de cabeza púlpito abajo, deshaciéndose en fuego y humo; con todo lo que quedó atónito el caballero.

Salieron de allí, y dijo D. Quijote al Príncipe que tales cosas ocurrían y se veían en estos nuevos tiempos que, de saberlo las gentes de los pasados, se arrepentirían de haberse muerto tan pronto, y que ahora sí que afirmaba que este era el siglo de la más desatada brujería y del imperio del infierno sobre la tierra. Pero el Príncipe le replicó que había una diferencia entre los pasados tiempos y los presentes, en ese punto: y era que antes los duendes, brujas y brujos, hadas, encantadores y diablos cojuelos, hacían por su cuenta y sin obediencia al hombre muchas diabluras y cosas inverosímiles; y ahora, vencidos y sojuzgados por el hombre, las hacían por cuenta y en provecho de él, y cuando él lo quería y mandaba, poniendo sus artes mágicas á su servicio. Por eso, añadió, habéis podido hablar con Dulcinea á larguísima distancia, y se le ha avisado por medio del Hada Electricidad que viniera á daros la recompensa de vuestra caballeresca acción con Desdémona, y habéis podido estar anoche, en pleno día, en el palacio del Nigromante, y oir aquella música tocada por aquel órgano sin organista, y ser retratado en un minuto por el Hada Lumen ahora; y si fuéseis á la ribera del mar, veríais surcar velozmente los navíos por las olas, sin remos ni velas, movidos por caballos de vapor, como aquéllos que en el tren os trajeron por cima de los ríos y por debajo de las montañas.

Entonces, objetó D. Quijote, ¿por qué habiendo vencido á esos genios hemos rodado tan abajo, y no ha sabido España sostener los florones de su corona, y ha dejado caer el sol de lo alto de ella, donde estaba fijo?

¡Ah, señor D. Quijote! respondió el Príncipe, ya más seriamente; porque no somos nosotros,

sino otros pueblos los que han perseguido, sometido y vencido con el trabajo á esos genios primeramente, y ellos han aprovechado antes sus servicios; mientras nos estábamos nosotros mano sobre mano, esperando los galeones de oro que nos venían de las Indias, creyéndonos así ricos sin esfuerzo, y además por otras razones que son largas de contar y que ahora nos va descubriendo la Historia.

¡Y porque yo tuve tres siglos de necio sopor, añadió D. Quijote; que es sin duda la causa principal: que aunque mi cronista me haya pintado como loco, creo que al dormirse conmigo la locura, se durmieron también el valor y la bizarría, la acometividad para las grandes empresas, la tenacidad en los propósitos, la sobriedad en las escaseces y la resistencia en las fatigas!

Así es la verdad, dijo el Príncipe, y ahora veremos, ya que habéis despertado de ese fatal sueño, cómo reintegrais á España su poderío y enclavais de nuevo el sol cual piedra preciosa en lo alto de su corona.

Pronto lo veredes, dijo D. Quijote... Primeramente sojuzgaré el vastísimo Imperio de Andorra, preparando pomposamente la unidad ibérica; luego, en un periquete ganaré Portugal y ya es hecha. De allí iré á Flandes y lo conquistaré; tras eso al Milanesado, Sicilia y Cerdeña y los anexionaré de nuevo; y luego embarcaréme para las Indias y traeréme, no las cabezas de sus guerreros, que son nuestros hermanos y tendrán nuestra sangre española; sino sus corazones, reunidos en lazos de concordia y amor para que sea una gran familia de reinos é imperios nuestra raza, presididos todos por la Emperatriz del Toboso, con este pueblo por metrópoli.

Magnífico programa, dijo el Príncipe; mas si ahora vais á Andorra, pasaréis antes por Urgel y trataréis con el Obispo de allí, que es como el Emperador de aquel Estado, y os puedo decir que es gran amigo mío, y que allá estaré yo para mediar entre los dos; que no es bien que con armas desiguales, vos con la espada de Hernán Cortés y él con el báculo

de pastor de almas, empeñéis batalla, por un reino más ó menos.

Eso dije yo á mi escudero, cuando de ello hablóme, exclamó D. Quijote; que no sabía cómo habérmelas con un Obispo que no blande espada ni lanza; pero, puesto que vos queréis mediar entre ambos, decidle lisa y llanamente que me haga entrega por acta formal de aquel imperio, ó que señale los más esforzados guerreros de él, para que yo los venza en singular batalla, uno á uno ó todos juntos, y gane esa corona, sin derramar sangre de Iglesia.

Así lo haré, dijo el Príncipe, y ahora veamos cómo queréis viajar hacia Urgel; si en el hipógrifo en que vinisteis, ó á caballo sobre Babieca, ó por los aires en globo, que es otro medio de locomoción rápido que hoy tenemos.

¿Qué es eso de globo, que yo sólo el terráqueo conozco? interrogó D. Quijote; y el Príncipe le explicó que ahora se podía formar un gran pájaro, sin alas ni cola, alargado como un cigarro, y de tela sutil, pero fuerte, que lleno de cierto gas ó materia sutilísima, se remontaba á lo más alto, y que colgadas de él, en una gran cesta ó barca ligera, podían ir dos ó tres personas, y con un cierto motor que á la barquilla se adhería, ésta se ponía en movimiento y arrastraba al globo y á los viajeros, dando vueltas á placer y tomando camino contrario al viento mismo.

Todo lo creo verosímil menos eso, dijo Don Quijote; porque siendo el viento el árbitro y dominador de las cosas que en él flotan, aunque ese globo flote en él más ó menos alto, no ha de poder hacerse señor del viento mismo, para ir contra la voluntad de éste; sino que tiene que ser su siervo humildísimo, y él lo arrastrará violenta ó sosegadamente, y lo depositará donde se le antoje, ó lo estrellará donde quiera.

Eso ha sido hasta hace poco, replicó el Príncipe; pero ya está el viento vencido también en sus dominios, y Eolo es nuestro esclavo, como lo es Neptuno, y como lo son las Hadas Electricidad y Lumen, cuyos servicios habéis visto.

Ver quiero también eso de Eolo, dijo Don

Quijote, y en esa navecilla que decís iré á Urgel y será más presto que en Babieca, aunque no sé qué vamos á hacer de éste y de la mula de Panza.

Vaya Panza en su mula, repuso el Príncipe y lleve de reata á Babieca por tierra, paso entre paso, y entre tanto vos si osais correr los peligros del globo, subid en él y por los aires volad como saeta y no perdais la ocasión, que hoy se remonta el aparato, para hacer prueba definitiva, con un insigne caballero.

D. Quijote volvió á repetir que sí iría por los aires, tanto más cuanto que ya probó en Clavileño, y habló á Panza de la necesidad de separarse de él para aquella peligrosa aventura; á lo que este fingió resignarse forzada y lacrimosamente, pero dando infinitas gracias al Santo del día de que á su amo no se le hubiera ocurrido querer llevarle consigo en volandas.

Convenido así, Panza dijo al ex-guarda de Aranjuez le llevase la mula y Babieca, y despidiéndose de D. Quijote con muchos lagrimones, salió derechamente por las afueras del Norte de Madrid, no sin haber visto á D. Lucas y pedídole perdón por sus faltas, y haber echado ojo á ciertos jamones de su despensa, que allí se dejaba colgados.

El Príncipe habló al aeronáuta de D. Quijote, presentándole como un intrépido viajero que tenía que ir á Urgel, y aquél ofreció llevarlo, en prueba de haber descubierto realmente la dirección y manejo á voluntad de los aeróstatos, y no se habló en el Veloz-Club de otra cosa aquel día que del arrojo del caballero andante y de todos los episodios pasados, á que ponía digno remate con aquella locura.

Más aún, el Príncipe y otros cinco ó seis amigos de allí, que ya no eran los Embajadores, por ser de D. Quijote conocidos, combinaron irse en tren hacia Urgel á recibir y acompañar al caballero, y seguir las comenzadas burlas y en aquel punto hicieron sus equipajes y tomaron los billetes, para salir, después de remontarse el globo con D. Quijote por los aires.

Llegó el momento solemne, y desde la gran Plaza de toros madrileña, que pareció á Don

Quijote un Circo romano, esperando á cada momento ver salir de sus compuertas leones é hircanos tigres, remontóse el aeróstato ante la muchedumbre de curiosos, y poco antes entró gentilmente en la barquilla el caballero, y sentóse donde le dijo el aeronauta; preguntándose todos quién sería aquel extraño acompañante, que con tal arrojo se prestaba á seguir al inventor del aparato en su prueba definitiva.

Pronto corrió la noticia de que era el mismo del escándalo del Teatro Real: un loco pacífico hasta cierto punto, que se titulaba D. Quijote de la Mancha; mas, cuando todos le dirigieron los ojos y gemelos, ya se balanceaba él por los aires, sin que le llegaran los rumores de los universales aplausos que, como los ecos de la lisonja, no alcanzan á los oídos de los que se remontan sobre la vil corteza de la tierra y van con el pensamiento puesto en las cosas de arriba.

CAPITULO XVII

En que se da noticia del viaje aéreo que realizó D. Quijote en el globo, que le pareció águila caudal.

Cuando D. Quijote se vió arrebatado de tejas arriba como una pluma, en aquel oscilante barquichuelo, sin más compañía que el caballero aeronáuta, su primera sensación fué de inexplicable vacío, luego de mareo, y en seguida de terror; pero, reaccionando sobre su espíritu y comprendiendo que él no debía dar cabida á eso último, se esforzó en sonreir y preguntó á su acompañante qué águila caudal tan poderosa era aquella, que así les llevaba por las alturas.

Es un águila que yo he empollado, dijo su interlocutor brusca y solemnemente; y D. Quijote le miró, con fijeza, pensando que tal vez sería Júpiter el que con tal dominio gobernaba el águila aquella, tan grande que les tapaba el sol y tan voladora que les remontaba á los cielos.

Júpiter maniobraba de tal manera con el motor eléctrico de la barquilla, que ésta viraba en efecto á su voluntad y describía en las alturas con el globo círculos serenos, á manera de águila verdadera.

Asomándose D. Quijote por la borda, vió en la inmensa hondura Madrid todo, como ciudad de casitas de naipes, como una población juguete, hecha para entretenimiento de un niño.

Allá estaba, en arco con todos sus minúsculos picos cercándola, el Guadarrama. Entre esta sierra y la Metrópoli de miniatura, veíanse pueblecillos esfumados, como blancas ampollitas, y entre ellos descollaba una rotondita tan